Cuando la realidad está minada de dificultades y las instituciones son asoladas por la burocracia, difícilmente abunda la creatividad y el entusiasmo a la hora de aprender y enseñar. La crisis de la universidad, nos dice este texto, es también la crisis de la pasión. Y para superar una situación como la antes descrita es preciso asumir la responsabilidad de madurar. Pero, insiste, es imposible madurar en una profesión cuando no se la ama, y sólo se ama lo que para uno tiene sentido. Dicho esto, el texto centra su atención en el concepto de madurez pedagógica, entendida como la capacidad de promocionar el aprendizaje valiéndose de los más diversos recursos. Y vuelve sobre un punto: la pasión, clave para enfrentar desafíos y transformaciones en el campo del aprendizaje y la enseñanza.

NOTAS SOBRE LA MADUREZ PEDAGÓGICA

El primer compromiso de una institución educativa es con el aprendizaje de sus estudiantes. Más aún: la función fundamental de una universidad, es la de promover y acompañar el aprendizaje.

Hablo del sentido de nuestra práctica. Cuando un sistema se organiza para reducir el aprendizaje a su mínima expresión, para postergarlo o para negarlo, la institución cae en los anchos caminos del sinsentido.

El sentido se pierde cuando el otro pasa a convertirse en una excusa para la supervivencia de un aparato burocrático empecinado en sobrevivir sin mayores sobresaltos; cuando el vértigo de la relación (con toda su riqueza y su vitalidad) se vuelve literalmente exangüe, se reduce a rutinas, a la reiteración de algunos pobres conceptos anclados en el pasado.

Estos largos años del fin del milenio han asomado con las alforjas llenas de desánimo. Causas no faltan: el atraso de las metodologías con relación a la irrupción constante de novedades científicas y tecnológicas, la pérdida de prestigio social de la labor educativa, las pocas oportunidades de actualización en medio de bajos salarios, la reducción de espacios de crecimiento debido a la fragmentación del trabajo en distintos establecimientos...

Si hay un ámbito donde todo ello se manifiesta, es en el de la relación de enseñanza-aprendizaje. Cuando el contexto y las opciones personales invitan, y fuerzan en no pocos casos, al desapasionamiento, cuando el otro se vuelve un número, un rostro más allá del cual no hay nada; cuando cada clase se parece a la otra, en una cadena de pobres eslabones; cuando nada vibra, nada crece, nada respira, sino una palabra monótona, la relación pierde sentido y se vuelve apenas un modo de reiterar viejas fórmulas carentes de la fuerza suficiente como para romper el terco abrazo del desánimo.

He escuchado, como respuesta a estas reflexiones, palabras como: "No sea exagerado, al final de cuentas los alumnos terminan por aprender".

Es cierto, siempre se aprende algo. Pero la pregunta no es por lo que se aprende, sino por lo que se deja de aprender. De una relación pedagógica mediocre no suelen brotar grandes estallidos de creatividad ni de entusiasmo.

La institución educativa, y el educador, son corresponsables del ánimo o del desánimo con que los jóvenes aprenden; son corresponsables del estallido de creatividad o de la reducción de la misma a llamas casi mortecinas. Digo *corresponsables*, porque también en aquéllos pesan otros condicionamientos del contexto social.

Es responsabilidad de la institución educativa y del educador la creación de un clima pedagógico en el cual florezcan las mejores energías para hacer del aprendizaje una experiencia rica en hallazgos, en esfuerzos y en encuentros.

Hablo de la pasión por enseñar, por comunicar, por compartir las prácticas de aprendizaje. Cuando una institución educativa se desentiende del aprendizaje de sus estudiantes, se desentiende de su futuro y de su razón de ser. Si ello sucede, educadores y estudiantes están literalmente *desmotivados*, poco y nada se mueve en ellos y entre ellos.

La crisis de la universidad es también una crisis de la pasión.

El aprendizaje con el educador

Cuando la pasión se ha extinguido, es muy difícil convertirse en una rica instancia de aprendizaje. Porque nuestros estudiantes aprenden con el educador, con el texto, con el grupo, con la institución en su conjunto, con el contexto y consigo mismos. He desarrollado estos puntos en un libro que publica en estos días EDIUNC (*Educar con sentido, apuntes sobre el aprendizaje*). Me detengo ahora en la relación con el educador.

Se aprende de un educador capaz de establecer relaciones empáticas con sus interlocutores. La empatía significa una comprensión mutua, una comunicación constante, un ponerse en el lugar del otro para apoyarlo en su tarea de construir su ser en el aprendizaje.

Se aprende de un educador cuyo método de relación se fundamenta en la personalización. No hay comunicación posible cuando, al cabo de meses, un docente no conoce ni siquiera el nombre de sus estudiantes. La personalización conlleva el diálogo, el intercambio de puntos de vista, la discrepancia incluso.

Se aprende de un educador capaz de comunicar de manera clara cualquier información. Claridad implica buenos ejemplos, dosificación de lo más simple a lo más complejo, apelación a la experiencia, relación con otros ámbitos del saber, contextualización en la vida de los estudiantes. Claridad no significa menor seriedad en la información, sino mediación adecuada de la misma.

Se aprende de un educador entusiasta por su materia. Nada menos educativo que una relación desapasionada con los temas, con la parcela de la realidad que se pretende enseñar.

Se aprende de un educador apasionado por el conocimiento y por el camino del hombre en las ciencias, por las experiencias históricas que originaron una propuesta nueva en cualquiera de los ámbitos de la cultura.

Se aprende de un educador sensible a las variaciones del contexto, informado no sólo de lo suyo, sino también, y fundamentalmente, de las circunstancias en que se mueven los jóvenes, de los sucesos cotidianos a escala nacional e internacional.

Se aprende de un educador persuadido de que ningún espacio temático está cerrado; persuadido, por lo tanto, del valor de su ciencia o de su arte para construir futuro, para crear alternativas a la realidad actual.

Afirmo con todo esto que los estudiantes no se relacionan directamente con los temas sino *a través de* sus educadores. La seriedad en el manejo de conocimientos por parte del docente es capital, nadie lo niega, pero no suficiente. El *a través de* implica las relaciones empáticas, la personalización, el compromiso de claridad, la sensibilidad a las variaciones del contexto, la apertura al futuro, a la creación de alternativas.

La madurez pedagógica

Es imposible madurar en cualquier profesión si no se la ama. Se ama lo que tiene sentido para uno mismo. Y no hay ningún sentido de una vez para siempre. El sentido es una construcción constante a lo largo de años.

Entiendo por madurez pedagógica la capacidad de utilizar en la promoción del aprendizaje los más ricos recursos de comunicación. La afirmación conlleva sus riesgos. Ricos recursos emplean también los publicistas, los vendedores.

En estos tiempos de mercados mundiales, hay quienes arriesgan comparaciones por demás precarias: la institución es una empresa, el educador un vendedor, el estudiante un cliente... En educación no se trata de comprar ni vender nada, se trata de la maravillosa tarea de promover y acompañar el aprendizaje de nuestros jóvenes.

Precisemos: entiendo por madurez pedagógica la capacidad de utilizar en la promoción del aprendizaje los más ricos recursos de comunicación propios de una relación educativa.

La madurez pedagógica pasa por la capacidad discursiva, por la producción de textos adecuados a nuestros interlocutores, por la creación de un ambiente pedagógico en el cual se fomenten la creatividad individual y grupal, por la orientación para trabajar en el contexto, por la libertad necesaria como para que el estudiante pueda incorporar su propio ser, su propia historia, su propia experiencia al proceso. Todo ello dentro de la pasión por la propia ciencia y por el conocimiento. Y todo ello enmarcado en una concepción del hombre y de la vida que dé sostén a las metodologías de relación con el otro.

De cercanías y lejanías

Asumo el tono taxativo de este texto. Lo he escrito así con todo la intención del mundo. ¿De quién hablo con un discurso urdido de esa manera? El tono parece alejarnos de seres y situaciones conocidos. Pero hablo de nuestras instituciones y de nosotros, los educadores.

El vértigo de la dinámica científica y de las transformaciones sociales golpea sin ningún disimulo las puertas de las universidades. No creo que podamos enfrentarlo ni crear gran cosa sin una transformación pedagógica, por más cambios de planes de estudio, por más computadoras, por más redes nacionales y mundiales, por más satélites y realidades virtuales que valga.

Y lo pedagógico se juega en las relaciones presenciales, en los textos, en los grupos, en las prácticas con el contexto, en la recuperación de la propia experiencia para incorporarla al proceso de hacer ciencia y cultura. Al desánimo ante el "atraso de nuestras sociedades con relación a otros países" o ante la creencia en que "todo está ya hecho" es necesario oponer una pedagogía llamada a recuperar el entusiasmo y la capacidad de construir ambientes educativos plenos de creatividad y de impulso vital.

Hablo de nosotros, entonces; de *nuestras* relaciones presenciales, de *nuestros* textos, de *nuestros* grupos, de *nuestros* contextos y de la experiencia y la vida de nuestros estudiantes.

Hablo del sentido, en suma, de lo más cercano a nosotros mismos: de nuestro sentido como educadores.

Daniel Prieto Castillo
Febrero de 1994